

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

El Socialismo Contemporáneo

TESIS para optar el Grado de Doctor

AUTOR

Mariano Lino Cornejo

LIMA – PERÚ 1902

El Socialismo Contemporáneo.

Señor Decano: ¹

Señores: ²

El problema que el pasado siglo ha legado al siglo que comienza, no es cuestión religiosa ni política, es una cuestión de propiedad. El mal eterno que siempre afligió a la humanidad, la lucha entre ricos y pobres, ha tomado en los tiempos modernos caracteres alarmantes. La idea de una reforma que haga prácticos los ideales de solidaridad social concebidos por la filosofía, ha invadido nuestra época con fuerza irresistible. Pero mientras pensadores y filósofos claman por nueva organización que asegure a todos su bienestar en la tierra, el proletario hambriento e impaciente ha comenzado a resolver el difícil problema con la dinamita y el puñal.

Las sociedades europeas ofrecen hoy el espectáculo de dos ejércitos próximos a librar una batalla campal. De un lado, la clase obrera, exaltada por el sufrimiento, quiere hacer saltar en pedazos el edificio social, convencida que no reinará la justicia sobre la tierra, mientras no desaparezca la abominable organización que permite a los menos disfrutar de las comodidades de la fortuna, cuando los mas perecen de hambre y de miseria. De otro lado, la burguesía, empeñada en mantener el actual régimen, intenta algunas aniquilar el movimiento reformista con medidas de rigor, transige otras,

¹ Caja 79 (187) Inicio del folio 6

² Inicio del folio 7

convencida de que la sangre derramada en el patíbulo genera nuevos mártires.

Nada pues mas importante que estudiar el socialismo contemporáneo, ese conjunto de doctrinas especulativas y de aspiraciones políticas, que apasiona a los filósofos, preocupa a los estadistas, agita a los parlamentos y es objeto de continua discusión en la prensa y en la cátedra. Tal será el tema de este trabajo para el cual demando vuestra benevolencia.

La palabra socialismo expresa la idea antitética de individualismo. Individualismo es el sistema que establece por único límite a la libertad de cada uno, la libertad de los demás. Socialismo al contrario, es el sistema en que la acción individual se halla reglada por la acción oficial³; en que la sociedad, representada por el Estado, interviene, limitando el derecho de cada individuo en cuanto sea necesario para el bienestar de los demás asociados.

No es por cierto moderna la idea de una reforma que establezca la igualdad de riqueza entre los hombres. Las repúblicas griegas padecieron las agitaciones socialistas. Las leyes agrarias de Roma, resultado de movimientos populares, entrañaron también luchas populares.

Tampoco faltaron propagandistas en los tiempos antiguos. Los profetas judíos fueron apóstoles de ideas anarquistas: todos ellos declamaron contra los ricos, predicaron la destrucción de la sociedad y amenazaron con el fuego del cielo a las ciudades mancilladas por la corrupción y el dinero. Jesús se declara amigo de los pobres, les ofrece el reino de los cielos y exige el abandono de las riquezas y su distribución entre los miserables a cuantos quieran contarse en el número de sus discípulos. El cristianismo naciente realiza los ideales de su fundador: lleva a la practica un verdadero comunismo, que abandona cuando Constantino llama a compartir el dominio del mundo, haciéndolo religión del Estado.

Más tarde, Campanella en su *Ciudad del Sol* y Moro en su *Utopía* renuevan los ensueños de Platón, proponiendo una sociedad en que el trabajo sea común y la riqueza distribuida por el Estado.

Pero el Socialismo todavía no había florecido sino en el cerebro de los filósofos. Es necesario llegar a 1789 para verlo penetrar en las multitudes, predicado por apóstoles como Marat y Baboeuf. La revolución borró los privilegios de la nobleza, la arrojó del trono y dio el poder a la clase media, la que ofreció realizar ese sueño de realizar que alentó al pueblo en su lucha titánica contra la aristocracia.

En la primera mitad del siglo pasado las teorías socialistas toman carácter científico con Saint Simón Fourier y Owen, apóstoles del nuevo Evangelio. En libros llenos de doctrina, en folletos de ardorosa polémica, en artículos de periódicos de persuasiva elocuencia, han batallado por conseguir una nueva organización del trabajo; han podido la socialización de la tierra y de los grandes medios de producción. Desde entonces el socialismo la aspiración de exaltados soñadores, o el grito de combate de los desheredados de la vida, toma sitio entre las teorías filosóficas, es tema de discusión para los hombres de ciencia, se hace al fin doctrinario.

³ Inicio del folio 8

No han faltado tampoco ensayos prácticos del nuevo sistema: Owen en los Estados Unidos, Saint Simon y Fourier en Francia, organizaron asociaciones donde aplicaron sus doctrinas. La celebre familia saintsimoniana contó entre sus miembros a hombres eminentes, como Augusto Comte y Armand Carrel.

Con la segunda república francesa pudo pensar el socialismo en ver un amplio ensayo de sus doctrinas. La revolución que llevó a poder a Lamartine y Luís Blanck decretó el derecho⁴ al trabajo, el establecimiento de talleres nacionales y el derecho de todo miembro de la asociación para exigir del Estado los medios de subsistencia, cuando se halle en la imposibilidad de proporcionárselos por su propio esfuerzo. Al deber social de la asistencia, correspondía en el individuo el derecho de reclamarla y exigirla.

El reinado del socialismo fue efímero: desapareció con el Imperio, pero las teorías socialistas se han propagado y extendido con una amplitud que no tuvo, por cierto el cristianismo en sus orígenes. Sus apóstoles, Marx, Lasalle, Bebel, Malon figuran entre los más notables pensadores contemporáneos. Sus mártires desprecian la vida, con la misma fe que hacia recibir sonrientes la muerte a los primeros cristianos. La Comuna de Paris, La Internacional, los *trades unions* ingleses, los *kights of labours* americanos, prueban que en el socialismo hay mas que un ideal o una simple teoría, una poderosa corriente que tal vez no tardará en derrumbar las seculares bases sobre que reposa la sociedad actual.

¿Por qué esta inquietud que agita al mundo moderno? ¿Por qué este viento de socialismo, que desde hace cincuenta años sopla el mundo, convirtiéndose día a día en devastadora tempestad?

La causa del socialismo es aquella grave enfermedad social que los economistas han llamado pauperismo. Malthus vio el peligro. La población crece, y no aumentan en la misma proporción los medios de subsistencia. Pero no solo aumenta la población, también aumenta las necesidades. El hombre moderno se ha creado necesidades artificiales, y le exaspera hallarse en la imposibilidad de satisfacerlas. Hastiado de placer, necesita acudir a todos los refinamientos que puedan sobrecargar sus gastados nervios. La vida se ofrece como un manantial de placeres, gozados solamente en cambio de dinero. Los que apenas obtienen el mendrugo de pan para la diaria subsistencia miran con ojos de envidia la ciudad del placer, cerrada con infranqueables murallas. El socialismo es la poderosa maquina de guerra concluirá por derribarlas y, permitirá la entrada a los desterrados de hoy.

Ha contribuido también, al crecimiento de la doctrina socialista el debilitamiento de las creencias religiosas. Durante dieciocho siglos vivió el hombre resignado. Las miserias de esta vida tendrían como recompensa el paraíso. El cristianismo dijo: la vida es una peregrinación a cuyo término se encuentra el cielo; el sufrimiento es el titulo que abre las puertas de la gloria, el dolor es el pago adelantado del alojamiento. Y el hombre creyó y esperó. Más ahora, perdida la fe, caídos de los altares los viejos dioses en cuyas promesas se confiaban, la vida no tiene otro objeto que la felicidad, y el inmenso ejército de los vencidos se procura reclamar su parte.

⁴ Inicio del folio 9 Pág. 7

En la sociedad actual existe todavía la antigua división de castas. Han cambiado los nombres, pero subsisten las cosas. Antes el señor feudal ⁵ vivía del pechero; hoy el capitalista acrecienta sus millones con el trabajo del proletario. De un lado la opulencia con todos los goces, todas las comodidades y todos los placeres. De otro lado la miseria, el hambre, la enfermedad y la muerte. Y nada anuncia la desaparición de este espectáculo desconsolador, ni la disminución siquiera de tanto mal y sufrimiento. Al contrario, las desigualdades tienden a acentuarse, los millones son fecundos: los ricos continúan haciéndose más ricos, y los pobres cada vez más pobres. El *dejad hacer* de los economistas ha probado mal.

Las teorías socialistas son el esfuerzo doloroso para salir de un estado que ya se ha hecho insostenible. El obrero ve en ellas el sol que ha de iluminar el día de la ansiada igualdad económica. El bienestar es el cielo que la nueva religión ofrece a sus adeptos, y por conseguirlo no temen estos arrostrar la prisión y la muerte.

Pero el socialismo no forma sus legiones en las clases proletarias. También las universidades le suministran numerosos adherentes. Son aquellos intelectuales sin ocupación, artificialmente degenerados a quienes un título académico vuelve inhábiles para todo. Médicos, abogados e ingenieros sin clientes, profesores sin cátedras, artistas y literatos sin público, sienten odio implacable a una sociedad que no puede o no quiere brindarles un asiento, y unas veces sueñan con desposeerla y otras veces se sienten inclinados a destruirla. Allí recluta a sus adeptos, tanto o más que en las clases populares, el anarquismo, esa extrema izquierda del socialismo contemporáneo. (1) ⁶

No faltan por último, entre los sectarios de la nueva doctrina, intelectuales de generosos sentimientos, que con móviles altruistas luchan por el triunfo de principios que han de acercar a la humanidad al ideal de justicia soñado por los filósofos.

Felizmente, en América no se ha planteado el pavoroso problema que preocupa al viejo continente. La escasez de población, la falta de capitales y la insignificancia del movimiento industrial, nos libran de las agitaciones socialistas. Pero hasta nosotros nos llegan los rugidos de impotencia que, allá en Europa, dan los oprimidos por la burguesía. Las huelgas cada vez más numerosas y frecuentes, la propaganda socialista cada vez más importante y más extensa, la misma agitación anarquista que cree armas eficaces el asesinato de reyes y presidentes y la destrucción de palacios y templos, parecen presagiar la proximidad de la hora en que el estallido de todas las injusticias y todos los sufrimientos acumulados, hará saltar en pedazos el edificio social.

Este descontento profundo provocado por nuestra organización social, ¿Tiene fundamento real y serio? La respuesta no es dudosa: sí, existe un mal de vasta extensión y de atemorizadora ⁷ gravedad. Pero ¿Ese mal resulta acaso de nuestra organización económica, o sea de la naturaleza misma de las cosas? En otros términos, ¿la crisis social puede ser conjurada? Dos escuelas han dado contestaciones diametralmente

⁵ Inicio del folio 10 Pág. 9

⁶ (1) Lebon- Psychologie du Socialisme

⁷ Inicio del folio 11 Pág. 11

opuestas. No, ha dicho el individualismo, el sufrimiento es permanente en la historia del hombre: la inevitable sombra en el cuadro de la luz de la civilización: podrá disminuir, pero nunca desaparecerá. Si, ha respondido el socialismo, la crisis social puede ser conjurada. La miseria y la opresión de las clases inferiores no son el hecho permanente e imprescindible de toda civilización, sino solamente de la civilización nacida en el suelo del individualismo. Quitad la causa y desaparecerá el efecto. La crisis social cesará el día en que cambie la actual construcción individualista.

Como se ve, nadie niega la gravedad del problema social: la disconformidad de opiniones se halla solo en la manera de solucionarlo. *Dejad hacer, dejad pasar*, dicen los economistas, es necesario que las fuerzas en lucha sean abandonadas así mismas, que del libre juego de los intereses nacerá el equilibrio como el agua recobra sola su nivel. La mejor manera de evitar los monopolios es la libre competencia, porque si una industria da grandes rendimientos al empresario, inmediatamente los otros capitalistas, incitados por la ganancia, se dedicarán a la misma empresa y ofrecerán la mercancía a menor precio. La competencia es la destrucción del monopolio.

Frente a esta escuela está el Socialismo, que niega ese natural equilibrio de los intereses y pide la intervención del Estado para conseguir una nueva distribución de la riqueza que ponga término a la cruel enfermedad del mundo moderno.

Hoy no es lícito dudar cual de las dos escuelas rivales tiene la razón. El individualismo ha hecho la experiencia, y no ha resultado ese equilibrio que esperaba alcanzar. Para negarse a toda reforma sostuvo que siendo los hombres naturalmente iguales, tienen igual derecho a tomar parte en la lucha por la vida, y hace triunfar sus intereses. Pero, al fin, se encuentra que, con tal régimen, las cosas pasan como en un campo de batalla: hay vencedores y vencidos; mas los vencedores son unos pocos y los infinitos son infinitamente numerosos. Unos cuantos viven, los demás caen al abismo de la miseria del que inútilmente por salir.

Todos o casi todos, convienen en que el Estado no puede permanecer indiferente en presencia de esta injusta desigualdad. La división de los hombres en poseedores y desposeídos es infinitamente dañosa a la sociedad, porque al fin y al cabo, ¿Qué es la sociedad sino una reunión de individuos? Y al individuo sin propiedad le es imposible conseguir su desarrollo físico, sino también su bienestar y desarrollo moral. Cuando el hombre tiene que atender a la lucha por la diaria subsistencia, no le queda tiempo ni gusto para cultivar sus facultades mentales. "Se pueden contar por los dedos los hombres que, habiendo nacido en medio del pueblo y de las estrecheces de una familia⁸ han llegado a conseguir puestos eminentes en la sociedad"(d'Aguanno). El mejor medio de evitar los delitos es hacer que todos posean algo. Los descontentos son aquellos que no encuentran sitio en la vida. Ya decía Pascal: "Con dos brazas de paña hago yo un hombre honrado" y hoy nadie duda que las causas de la criminalidad son la ignorancia y la miseria, la miseria principalmente, que es madre legítima del crimen.

Pero si ya la dura sentencia que negaba al individuo todo derecho al socorro social está completamente desacreditada, si la rigidez individualista repugna al sentido general, la solución socialista provoca también numerosas discusiones. ¿Cómo conseguir una

⁸ Inicio del folio 12 Pág. 13

nueva distribución de la riqueza, que asegure a todos un sitio en el banquete de la vida? Alrededor de esta cuestión han girado todas las escuelas socialistas, desde el participacionismo que moderadamente pide mayor retribución para el trabajo, hasta el anarquismo que preconiza el robo, la destrucción y la violencia, para construir, sobre los escombros del edificio social arrasado, la ciudad de paz y justicia. Al fin se halla siempre la soñada igualdad económica, la deseada supresión del sufrimiento y la miseria, pero ¡cuanta diversidad de opiniones respecto del camino que es preciso seguir!

Es Proudhon el primero que ensaya una solución aceptable. Para el escritor francés, la igualdad de justicia no es en el fondo sino la idea de justicia. Pero la lucha de clases y la división del trabajo han destruido la igualdad, y para restablecerla, es necesario, no, como creía Rousseau, volver al estado de naturaleza, sino sustituir a *la subordinación de los servicios*, base de nuestra organización económica, *la reciprocidad en los servicios*, que pondrán fin a la miseria. Es el mutualismo.

Saint Simon dio otro remedio. La nueva organización debe estar basada en los talentos industriales de los asociados, o sea en sus capacidades, y la distribución de la riqueza debe hacerse con arreglo a dos principios fundamentales: "a cada uno según capacidad"; "a cada capacidad según sus obras".

Fourier propuso otra organización. La sociedad debería dividirse en falanges de 1800 personas, que cultivarían una legua cuadrada de territorio. Se asociarían el capital, la inteligencia y el trabajo, y de los productos, haríanse doce partes: tres para el talento, cuatro para el capital, y cinco para el trabajo.

Pero el socialismo ha dejado ya estas construcciones poco prácticas, para entrar resueltamente en la lucha por la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva. "El único socialismo que existe hoy día, dice Deville, es el socialismo colectivista" (1)⁹ En realidad, todas las escuelas se han resumido en el colectivismo. Las demás teorías han sido abandonadas. "Los nombres de Marx y de Engels, dice Richard, señalan el momento decisivo en la formación del socialismo. No solamente se hace, desde entonces, un partido de acción¹⁰ que tiene a la Alemania por centro y se extiende por toda la Europa occidental, sino que recibe cierto rigor científico, gracias al cual, el colectivismo revolucionario, va a aparecer a muchos espíritus como la anticipación de un porvenir inevitable y como la conclusión de un estudio del pasado de la humanidad". (1)¹¹

El programa del colectivismo puede resumirse en pocas palabras. "Queremos, dice Jules Guesde, la expropiación de la clase capitalista y la apropiación colectiva de los grandes medios de producción y de cambio. (2)¹²

⁹ (1) Deville-Principes socialistas.

¹⁰ 0 Inicio del folio 13 Pág. 15

¹¹ 1 (1) Richard- El Socialisme.

¹² 2 Guesde. Le Socialisme au jour le jour.

¿Cómo alcanzar este resultado?

Por dos medios, contesta el colectivismo:

1º Establecimiento de un impuesto colectivo progresivo sobre la herencia en línea recta, y abolición de la herencia colateral; según unos, abolición completa de la herencia, según otros.

2º Apropiación por la colectividad, o sea por el Estado que la representa, de la tierra, fabricas, maquinas, ferrocarriles, en una palabra, de los grandes capitales y de las grandes industrias.

Según esta doctrina, es el capitalismo el que hace fácil esta medida. La absorción progresiva de la pequeña propiedad rural por los grandes dominios, la transformación diaria de los establecimientos industriales en grandes sociedades comandatarias, la extensión cada vez mayor de los sindicatos industriales, todo esto demuestra que el capital va concentrándose poco a poco. Los grandes expropian a los pequeños; pero esto mismo hace más fácil que el Estado pueda, a su vez, expropiar a los expropiadores.

Dos grandes cuestiones entrañan el colectivismo. ¿No sería esta reclamada expropiación una injustificable violación del derecho? Hasta hoy la propiedad individual ha merecido respeto: podría decirse que el Estado no ha tenido otro fin que garantizarla. ¿Dejará pues de ser intangible? Esto por una parte. Y de otro lado, ¿Por qué nueva organización se reemplazará a la que hoy existe? ¿Ofrece el colectivismo una construcción lo suficientemente sólida para garantizar la estabilidad y el progreso social?

Estas dos cuestiones encierran el aspecto negativo y el aspecto positivo del socialismo contemporáneo. El colectivismo no rehúsa tratarlas. Al contrario, desde Marx y Engels todos sus escritores las han abordado resueltamente; pero es justo confesar, que si han logrado demostrar la necesidad de un cambio del régimen actual, no han conseguido desvanecer todas las objeciones hechas por los defensores del individualismo a la sociedad colectivista.

El examen de la primera cuestión propuesta es, en último resultado, la investigación del fundamento del derecho de la propiedad. ¿En virtud de que principio, el hombre colocado en medio de la comunidad primitiva, se hizo propietario? La antigüedad respondió: en virtud de la ocupación. En los tiempos modernos se ha dicho: en virtud del trabajo.

La teoría de la ocupación ha sido abandonada^{13 3}. Desde luego, la ocupación no establece vínculo sólido entre el ocupante y el objeto apropiado. Un hecho en que poco interviene la voluntad humana, no puede dar origen a un derecho que supone un estrecho lazo entre el hombre y las cosas. Un individuo a quien la casualidad llevara, primero que a los demás, a un país deshabitado, no tendría seguramente la facultad de excluir de esa tierra a todos los hombres, en todos los tiempos.

El trabajo, si, es fuente legítima de propiedad. El esfuerzo, la energía humana, transforman la materia prima, crea el producto industrial; justo es pues, que ese producto le pertenezca. Y esto, no lo niega el socialismo. Al contrario, si pide el cambio radical en

^{13 3} Inicio del folio 14 Pág. 17

la organización de propiedad es porque el capitalismo actual, tanto por su génesis, como por su mecanismo, no está fundado sobre el trabajo. No lo está por su génesis, porque los *latifundios*, que constituyen la mayor parte de la propiedad de la tierra, se deben a las antiguas, violentas expediciones militares, y los capitales a especulaciones afortunadas e ilícitas. (1)^{14 4} Tampoco lo está por su mecanismo. Oigamos a unos de los *leaders* socialistas. “Hay tres fenómenos que van unidos a la creación de una propiedad que no proviene del trabajo, y son: la renta de la tierra, la coyuntura y el salario. La renta es el extraprovecho de las tierras más fértiles. Es un superbeneficio que aumenta continuamente, a medida que la población se va haciéndose mas densa. Parece que la cuestión de la renta se refiere solo a la propiedad de la tierra; mas los propietarios que venden su tierra consolidan la renta en el valor capital, el cual por consiguiente, una propiedad mueble que no proviene del trabajo. La coyuntura asegura también extrabeneficios a las industrias, si bien estos extrabeneficios son temporales. El sistema del salario atribuye también al capital una preponderancia, de que sirve para pagar al obrero menos del valor de su trabajo, asegurándole de esta manera un producto adicional que nada tiene que ver ni con el trabajo, ni con el ahorro. (1)^{15 5}

Del mismo modo habla Marx, el fundador del colectivismo. Según los economistas, el capital es el hijo del ahorro. Su honrada filiación le da derecho al respeto universal. Marx combate victoriosamente esa vieja doctrina. Para el pensador alemán el capital es la consecuencia de una expoliación secular, es la acumulación del trabajo no pagado al obrero. El obrero trabaja doce horas, y recibe el precio de seis horas; trabaja pues las otras seis en beneficio del capitalista. El monopolio de los medios de producción hace posible esta explotación del obrero. Los que no tienen medios para poner en acción su fuerza de trabajo, están obligados a vender el uso de esta fuerza al capitalista, que por este hecho, se hace dueño y señor absoluto del obrero, colocado en peor condición que el esclavo de los^{16 6} tiempos antiguos, cuyo recuerdo, sin embargo, conmueve hoy a la humanidad. (1)^{17 7}

Se dirá, no obstante, ¿Por qué esta dependencia? La ley reconoce al obrero los mismos derechos al fabricante y al capitalista. Puede no aceptar el contrato de locación de servicios si lo encuentra lesivo; puede abandonar el taller, si se juzga, oprimido. Ciertamente, dice el socialismo, tiene facultad de hacer eso; pero, ¿acaso puede realmente hacerlo? Trabajar cualquiera que sea el salario y cualesquiera que sean las condiciones, o morir de hambre con los suyos: he allí los dos únicos caminos entre los cuales puede elegir. A esto queda reducida la libertad que la ley reconoce al obrero.

Hay más todavía. Según Karl Marx, no solamente aprovecha el capital de la abundante oferta de trabajo para dictarle opresoras condiciones, aprovecha también de la

^{14 4} (1) Schiatarella-La reforma social.

^{15 5} (1) Loria- La antigua y la nueva fase de la propiedad.

^{16 6} Inicio del folio 15 Pág. 19

^{17 7} (1) Marx. El Capital.

mayor productividad del trabajo en colaboración. Expliquemos este pensamiento. Se sabe que diez obreros, trabajando juntos, hacen en un solo día, lo que un solo obrero sería incapaz de efectuar en diez días. Pues bien, el capitalista, que compra a bajo precio el trabajo aislado de cada uno de sus obreros, explota en su provecho el mayor valor que tiene el trabajo de colaboración. Es otro beneficio ilícito. (2)^{18 8}

Queda por averiguar que conjunto de circunstancias son las que han producido esta subordinación del trabajo enfrente del capital, y que medios debe emplearse para devolverle su libertad. Según Marx, el régimen del salario es consecuencia de una evolución natural. La guerra, que primitivamente concluía por el exterminio del pueblo vencido, dio origen a la esclavitud. Libertado de la muerte, el prisionero que do obligado a trabajar en provecho exclusivo del vencedor. Así, la esclavitud fue un progreso, tanto porque significo la supresión del asesinato de guerra, cuanto porque el ocio obligado de los vencedores les permitió dedicarse al ocio y a las ciencias. No se de extrañar, pues, que pensadores como Aristóteles, sostuvieran, la legitimidad de la esclavitud. Posteriormente, cambiadas las condiciones del medio, el esclavo fue reemplazado por el siervo de la Edad Media. Una última evolución dio origen al salario. ¿Podrá confiarse, según esto, en que el libre juego de las fuerzas sociales transformara, al fin, el salario, creando un régimen mejor? No: para Marx el rol de la voluntad humana, es hacer mas rápida y más fácil la transición del presente al porvenir, de modo que disminuya el sufrimiento; pero este rol no puede confiarse a la voluntad colectiva, única que puede influir en la evolución social; la voluntad individual se halla tan impotente ante los fenómenos sociales, como ante las mareas y los ciclones.^{19 9} (1)

Aun cuando no se admita el realismo histórico que Marx defiende, es imposible desconocer que el socialista alemán, señalando con precisión los abusos e injusticias de la organización^{20 0} actual ha demostrado la necesidad de un cambio en el régimen de la propiedad. Su estudio sobre la formación del capital ha desvanecido la vieja teoría que le daba por ascendentes a la economía y el ahorro. Es innegable que el ahorro, cuando ha intervenido, lo ha hecho en porción insignificante. Si; como dice Marx, el capital ha nacido de la violencia, que allá en las épocas medievales, hizo dueño el señor feudal de las vidas y haciendas de sus siervos; de especulaciones ilícitas que ha usufructuado las calamidades sociales, guerras, hambres y epidemias; del proteccionismo económico, que con la riqueza nacional ha fomentado el nacimiento de la grande industria. Y ah crecido mediante la explotación del obrero, permitida por la libre concurrencia. El salario reducido a la cantidad estrictamente precisa para subsistir. El ejército de los sin trabajo ofreciéndose en abrumadora competencia, trayendo el salario-hambre: la desconsoladora *loi-d airain* de que hablan los socialistas franceses. He allí las bases sobre las que reposa el edificio capitalista.

La justicia y la verdad se abren paso. La necesidad de una reforma es hoy sentida

^{18 8} (2) *Ibid.*, id.

^{19 9} (1) Marx.- O. C.

^{20 0} Inicio del folio 16 Pág. 21

por todos. La misma escuela tradicional, la defensora del *dejad hacer*, evoluciona. La religión también hace escuchar su voz. Así ha nacido el socialismo de Estado, el socialismo de cátedra y el socialismo religioso. Pero todas escuelas que profesan un individualismo mitigado, llevan impropriamente el nombre de socialismo. El colectivismo las rechaza tanto encono como al individualismo intransigente. En realidad, entre el respeto a la propiedad individual y la afirmación de la propiedad colectiva, no hay término medio. La protección de los débiles recomendada por León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*, y las medidas de beneficencia en que consisten los cátedra-socialistas, no son el colectivismo. Por eso, sin duda, el congreso socialista de Berlín rechazo a esos hijastros del socialismo que sin derecho llevan su nombre. Vollmar y Liebnick propusieron que se les declarase incompatibles con al democracia social, y esta moción fue unánimemente aprobada.

Pero, porque son ciertas las injusticias que el socialismo denuncia, porque la sociedad esta enferma y reclama pronto y enérgico remedio ¿deberá pasarse, sin vacilar, al régimen colectivista? ¿Cuál será el estado social que resulte de la transformación de la propiedad privada a la colectiva?

Este es el lado positivo del socialismo. Después de destruir es indispensable reedificar. Veamos pues la construcción colectivista.

Conseguida la expropiación de los grandes capitales, hechos ya propiedad colectiva, el Estado y el Municipio que los administre, reglamentara la producción, a fin de evitar el exceso de productos que trae las crisis industriales. El trabajo será obligatorio; pero el obrero podrá elegir la clase de trabajo que halle mas conforme con sus gustos e inclinaciones. La sociedad intervendrá solamente para dar al que no lo tiene, el instrumento de trabajo: el individuo será completamente libre. La desaparición^{21 1} de los rentistas, vagos, ociosos y, en general, de todos los parásitos sociales, obligados a cumplir la ley regeneradora del trabajo, traerá, como consecuencia inmediata, un aumento en la fuerza productora, que permitirá la hoy reclamada reducción de las horas de trabajo. Este aprovechamiento de todas las fuerzas sociales permitirá el socorro de los débiles y los inválidos. A cada obrero se le dará objetos de consumo, en proporción al trabajo que haya suministrado; pero todos, inclusive los enfermos, los inválidos y ancianos, obtendrán lo necesario para vivir. Al *cada uno para si* sucederá el *cada uno para todos*; al egoísmo la solidaridad social, el convencimiento que los intereses humanos están fuertemente vinculados, de manera que el bienestar de cada uno, depende el bienestar de los demás.

Suprimida así, la división y la lucha de clases, desaparecerá la explotación de unos hombres por otros. Cada obrero recibirá, parte en objetos de consumo y parte en ganancias sociales, en servicios públicos de toda especie, la misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad. Y, para conservar esta justa proporción, la medida de valor será la hora de trabajo. Quedará abolida la moneda, y el obrero, con bonos o certificados de trabajo, ocurrirá a los grandes almacenes nacionales, donde recibirá en cambio, objetos de consumo. Así, la revolución social destronara al rey-dinero, causa de todos los males, y lo sustituirá por el rey-trabajo que ha de traer la salud, el bienestar y la alegría.

^{21 1} Inicio del folio 17 Pág. 23

La organización del futuro estado socialista ha sido objeto de apasionadas discusiones. Muchos de sus enemigos la han tachado de utópica. Los más moderados se han limitado a señalar los obstáculos con que tropezaría la nueva maquina en su funcionamiento.

Una de las objeciones mas frecuentes es la relativa a los trabajos molestos y peligrosos. Pero la respuesta dada por el socialismo es suficiente. Un aumento en la remuneración, o una disminución en las horas de trabajo, permitiría que siempre hubiese individuos dedicados a esas penosas labores. Más difícil es el problema de la elección del trabajo o de profesión. Algunos socialistas opinan que un periodo de prueba indicaría las aptitudes de cada uno; otros confían en que el trabajo manual, reducido a unas pocas horas, dejara al obrero tiempo suficiente para cultivar la inteligencia. Verdad que los medios propuestos no son del todo satisfactorios; pero la dificultad se atenúa mucho al considerar que, en la actual organización, las clases trabajadoras carecen de libertad para elegir profesión o trabajo, así que siempre resultarían mejoradas con el cambio.

Pero se ha hecho una objeción mas seria a la concepción colectivista. Se ha dicho: el móvil del trabajo y de las grandes empresas es el interés individual. Suprimiéndolo se quita también el único resorte de la actividad humana. Contento el hombre con la felicidad media que el socialismo le procura, renunciara a la ambición, perderá la audacia, el amor al riesgo, que es el factor ²² ² más eficaz del progreso, y, al fin, la sociedad quedara detenida en su adelanto.

Los socialistas cuentan que con que el honor y el deber, esos dos poderosos sentimientos capaces de llevar al hombre hasta el sacrificio de su vida, reemplazaran con ventaja al interés personal. En la sociedad actual, dicen, que existen instituciones que reposan sobre esos móviles, la institución militar, por ejemplo, cuyos miembros cumplen sus deberes sin mira de provecho personal.

Podría replicarse que si el deber es el móvil de muchos, no ha llegado por desgracia a ser el resorte de todos, en tanto que el interés, si, es la palanca universal. Pero, aun cuando la respuesta dada por el socialismo, no sea, por ahora, completamente satisfactoria, es preciso tenerla en cuenta que la moralidad es una fuerza que progresa lentamente, y, por mas que todavía no sea para todos el *imperativo categórico* de Kant, estamos obligados a luchar por su triunfo final.

En nuestros días una evolución sorprendente comienza a efectuarse en los campos del socialismo. Primero abandonó las construcciones de Saint Simon y Fourier para combatir por medios prácticos que acercasen su triunfo. Hoy declara que sus fundadores no han pretendido imponerle una organización definitiva. Echa a un lado los planes de organización del futuro estado socialista, y se dedica a engrosar sus filas en el parlamento y en los municipios para obtener mejoras inmediatas como la reducción de las horas de trabajo y la fijación de un minimum de salario. Sus escritores niéganse a bosquejar descripciones de la futura sociedad. "Es necesario ser tonto, dice Liebknecht, para preguntar, como será la organización social en el futuro estado socialista". "Yo os preguntaré, decía Bebel, dirigiéndose a los diputados del centro católico en una sesión

²² ² Inicio del folio 18 Pág. 25.

del Reichstag, como os representáis esa vida futura de la que habléis sin cesar". No exijáis, pues de nosotros, datos precisos sobre la futura sociedad". (1)^{23 3} Así, parece que el socialismo, sin perder de vista su ideal, se empeña en alcanzar reformas progresivas. Nuevo Fausto ha dejado el gabinete en que vivió entregado a especulaciones abstractas, para entrar en la vida como vigoroso luchador.

Esta evolución coincide con un crecimiento de la corriente socialista. No solamente Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y España ver propagarse la nueva doctrina. Razas jóvenes y enérgicas aportan también su contingente en la lucha contra el capitalismo. En Rusia, pensadores tan notables como Tolstoy y Haecken abogan por la reforma social. En Estados Unidos, Henry Georges sostiene el colectivismo agrario. La culta Bélgica combate hoy mismo por el sufragio universal, que ha de permitirle alcanzar las reformas deseadas.

Y en este camino el socialismo no puede merecer los reproches del filósofo, ni del hombre^{24 4} de Estado. Aun cuando no muestra el remedio que ha de suprimir el sufrimiento, trabaja por disminuirlo, y en esto procede conforme a la justicia. Es una manifestación de la ley del progreso, porque es una reacción contra las clases privilegiadas, y la historia nos enseña que el adelantamiento humano se debe, no a la resignación pasiva en frente del dolor, sino al descontento, que trae la lucha contra el error y la tiranía.

Verdad que los remedios propuestos no pueden aceptarse indiferentemente; verdad que el socialismo señala al fin de su camino un ideal, vago todavía; pero, ¿Quién duda que el ideal es el mejor agente del progreso?

LIMA, ABRIL DE 1902

M. LINO CORNEJO

V. B.

SALAZAR

^{23 3} (1) Citados por Ziegler en su obra-La cuestion sociale e une question morale.

^{24 4} Inicio del folio 19 Pág. 27.